

GILLES KEPEL

EL PROFETA Y LA PANDEMIA

DE ORIENTE MEDIO
AL YIHADISMO DE ATMÓSFERA

Mapas inéditos de Fabrice Balanche

Traducido del francés por
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Le Prophète et la pandémie. Du Moyen-Orient au jihadisme d'atmosphère*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Gallimard, 2018

Mapas: © Fabrice Balanche, 2018, pour les cartes / adaptation EdiCarto

© de la traducción: Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-538-6

Depósito Legal: M. 25.716-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A la memoria de mi padre,
Milan Kepel
Praga, 8 de enero de 1928
París, 3 de marzo de 2019*

Contempsit caros, dum nos amat ille, parentes,
Hanc patriam reputans esse, Ravenna, suam.

*Apud J. L. Borges
«Historia del guerrero y la cautiva»,
El Aleph*

ÍNDICE

MAPAS, FOTOGRAFÍA Y CROQUIS	11
EXORDIO	
AÑO 2020: LA PANDEMIA, EL PETRÓLEO Y EL PROFETA	15
La reislamización de Santa Sofía.....	19
El Proceso de Astaná.....	25
La paradoja libia	29
Apocalipsis en Beirut	33
Veinte años: del 11 de septiembre a la caída de Kabul.....	43
I. LA FRACTURA DEL GOLFO.....	49
Del <i>Gran Juego</i> al <i>Monopoly</i> : eje hermano-chií contra el Acuerdo de Abraham.....	53
Efectos inducidos y efectos perversos del Acuerdo de Abraham.....	56
Las potencias globales en torno al <i>Mare Nostrum</i>	63
El gran salto adelante chino	68
La ranciedad de la media luna chií.....	72
De la energía fósil al hidrógeno verde: la vía angosta de Arabia Saudí.....	82
Yemen: la guerra sin salida.....	87
Catar: la resiliencia del emirato del gas	91

II. EL ORIENTE (MUY) PRÓXIMO.....	95
Populismo islamista y aislamiento espléndido de Erdogan	99
El eurasismo, de Ankara a Moscú	104
Entre islamismo e irredentismo	106
La reactivación de Hamás.....	112
Injerencia de Catar y contradicción de Israel	118
El Estado judío, entre el callejón sin salida palestino y la ancha avenida árabe	122
El sobrepeso egipcio	125
El Cairo en el Acuerdo de Abraham.....	131
El control del Nilo	133
III. DE ÁFRICA DEL NORTE A LOS BARRIOS PERIFÉRICOS EUROPEOS	139
Libia, entre el martillo turco y el yunque egipcio.....	139
El dilema migratorio: entre humanitarismo y terrorismo	148
«La miseria de Francia es un paraíso para nosotros»	151
<i>¡Yetnahau gaa!</i> ('¡que se larguen todos!')	155
Regreso a los <i>Barrios periféricos del islam</i>	164
El yihadismo de atmósfera.....	173

EPÍLOGO

YIHADISMO DE ATMÓSFERA Y SEPARATISMO ISLAMISTA EN EL ESPEJO GEOPOLÍTICO	189
El regreso del yihadismo a Viena.....	192
Temeridad y limitaciones de Erdogan	199
Fracaso de los estudios de árabe e impericia occidental frente al islamismo...	203
POSTFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA. DE GAZA A WURZBURGO PASANDO POR CEUTA	207
Los retos de Joe Biden en Oriente Medio y el Mediterráneo	208
El yihadismo de atmósfera: el paradigma de Francia a Alemania	226

APÉNDICES

CRONOLOGÍA DEL AÑO 2020 Y COMIENZOS DE 2021.....	237
AGRADECIMIENTOS	259
ÍNDICE.....	261

MAPAS, FOTOGRAFÍA Y CROQUIS

FOTOGRAFÍA Documentos de migrantes / Alpes Marítimos

- MAPA 1 El Acuerdo de Abraham frente al triple acuerdo hermano-chií
- MAPA 2 La expansión turca en el Mediterráneo: neootomanismo e islamismo
- MAPA 3 Árabes y europeos frente a Erdogan
- MAPA 4 Impacto sanitario de la epidemia de covid-19
- MAPA 5 Derrumbe del crecimiento económico en la región de África del Norte-Oriente Medio en 2020
- MAPA 6 Arabia Saudí y la visión 2030
- MAPA 7 Catar resiste al bloqueo
- MAPA 8 Irak en disputa
- MAPA 9 Eje iraní entre ideología y geopolítica
- MAPA 10 Las estrategias rusas en el Levante: proyección militar e hidrocarburos
- MAPA 11 Siria dividida y ocupada
- MAPA 12 Reducción de la bolsa de Idlib (Siria)
- MAPA 13 El Líbano fragmentado
- MAPA 14 Israel: la cooperación regional no suprime las amenazas
- MAPA 15 El Magreb: un falso dique para Europa
- MAPA 16 Las relaciones de fuerza en Libia
- MAPA 17 Ofensiva china: las nuevas rutas de la seda
- MAPA 18 Atentados y combatientes yihadistas en Europa (2012-2020)
- CROQUIS Croquis otomano del sitio de Viena (1683)

EXORDIO

AÑO 2020: LA PANDEMIA, EL PETRÓLEO Y EL PROFETA

En 2020, el Mediterráneo y su entorno se convirtieron en la región más explosiva del planeta. La pandemia de covid-19 y luego el desplome de los precios del petróleo precipitaron convulsiones sin precedentes, asestando golpes de muerte al orden geopolítico instaurado un siglo antes por los tratados que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Habían creado una forma de seguridad favorable a Europa, que evolucionó después de 1945 en beneficio de Estados Unidos. La 6.^a Flota estadounidense con base en Nápoles en el marco de la OTAN garantizaba estabilidad, a pesar de los éxitos alcanzados temporalmente por la Unión Soviética en algunos países árabes. Y Washington supo cooptar a las petromonarquías de la península Arábiga tras la vertiginosa subida de precios que siguió a la guerra de octubre de 1973, reciclando sus beneficios en la economía del «mundo libre» de entonces y esforzándose por combinar la ética islámica y el espíritu del capitalismo.

Esa fecha, sin embargo, que convertirá al islam político en una cuestión clave en Oriente Medio y el África del Norte, desencadena un proceso caótico subyacente en el que la hegemonía occidental sobre la región va

convirtiéndose gradualmente en el objetivo. La proclamación de la República Islámica en Irán por Jomeini en 1979 agrega a esa doctrina el tercermundismo y el antiimperialismo de antaño y abre una brecha beligeramente entre chiismo y sunismo. La yihad en Afganistán contra la invasión del país por el Ejército Rojo, que se inicia inmediatamente después y goza del apoyo de la CIA, llevará a la caída de la Unión Soviética diez años más tarde, así como también la fetua del ayatolá Jomeini del 14 de febrero de 1989 contra el novelista Salman Rushdie por haber «blasfemado contra el Profeta», cuya sombra proyectada llegará universalmente hasta el otoño de 2020, con los asesinatos en Francia relacionados con las caricaturas de *Charlie Hebdo*. La radicalización yihadista suní, por su parte, se volverá contra su padrino americano: Al Qaeda y después el Dáesh constituyen una extensión de todo ello. Esas dos organizaciones llevarán el terrorismo en nombre de Alá a Nueva York y Washington primero —el 11 de septiembre de 2001— y luego de París a Niza y de Berlín a Londres, durante la década siguiente, hasta el surgimiento en 2020 de una nueva fase, el «yihadismo de atmósfera».

Los levantamientos con aspiración democrática en varios países árabes en la primavera de 2011, que habían desencadenado tanto entusiasmo, terminarán siendo en su mayor parte, vistos con diez años de perspectiva, un episodio catastrófico, especialmente para las poblaciones de Siria, de Yemen y de Libia, que vienen padeciendo desde entonces guerras civiles devastadoras, en las que la injerencia de las potencias regionales e internacionales prolonga indefinidamente el conflicto, que se ha convertido en rehén de las diferentes estrategias. En ese contexto, se abre una ventana de desestabilización excepcional con la desvinculación estadounidense de la región, iniciada durante la presidencia de Barack Obama y reforzada por Donald Trump. Estados Unidos está escaldado por los mediocres resultados de sus intervenciones armadas en Afganistán desde 2001 y en Irak a partir de 2003 —dado el coste humano, electoral y financiero de esas intervenciones— y tanto menos motivado por esos sacrificios cuanto que, desde el otoño de 2018 hasta la primavera de 2020, ha vuelto a ser el primer productor mundial de petróleo.

Esa actitud de no intervencionismo por parte de Washington está creando un vacío que la Unión Europea, donde ocho de los veintisiete Estados son, sin embargo, ribereños del Mediterráneo, está demostrando

ser incapaz de llenar, por carecer de una estrategia de defensa común. Más aún, su aspiración conceptual de promover la democracia se encuentra en situación comprometida con respecto a cuestiones inmediatas de seguridad para proteger sus fronteras. La impericia resultante y las rencillas entre sus miembros las aprovechan ciertos regímenes autoritarios [MAPA 3], que amenazan de chantaje con los flujos migratorios ilegales, el suministro de gas, la manipulación electoral de las comunidades musulmanas europeas e incluso con la propagación del terrorismo yihadista en suelo comunitario. En ese inestable contexto geopolítico es cuando irrumpe el año 2020. En Oriente Medio, al igual que en el resto del mundo, 2020 vive las convulsiones sin precedentes provocadas por la covid-19, que están llegando al paroxismo por el desplome simultáneo de los precios del petróleo.

En el primer semestre del año, la pandemia de Wuhan perdona hasta cierto punto a los países costeros del sur y del este, cuya pirámide de edad es de amplia base, mientras que multiplica el número de fallecimientos entre las poblaciones de más edad de Europa, empezando por dos grandes ribereños del Mediterráneo: Italia, puerta de entrada de China a Europa a través del Véneto y Lombardía, terminal de las «nuevas rutas de la seda» [MAPA 17], y luego España, tras un partido de fútbol entre el Valencia y el FC Atalanta de Bérgamo, el 19 de febrero. En Oriente Medio, Irán destaca por su temprana incidencia del virus debida a sus estrechas relaciones con China (cuyos técnicos y trabajadores son numerosos en el país) para eludir las sanciones estadounidenses. La propagación del virus no se deberá al fútbol, sino al islam: la teocracia en el poder se resiste a regular las peregrinaciones a las tumbas de los santos del chiismo en los que basa su legitimidad, a pesar de que las fervientes multitudes que tocan, lamen y besan los mausoleos a la espera de la baraka divina constituyen un factor de difusión fulgurante. Fuera de Irán, en el mundo suní, la menor presencia china y la profilaxis religiosa puesta en marcha rápidamente a la vista del contraejemplo iraní, la prohibición de rezar congregados, la reducción del *hach* en La Meca y Medina, a finales de julio, a un número simbólico de participantes, combinadas con la juventud de la población, mantienen en un primer momento una incidencia bastante baja. A partir del verano, sin embargo, la saturación de las estructuras de salud, el agotamiento del personal sanitario y la muerte de muchos de ellos, junto con la promiscuidad patógena en los barrios populares superpoblados, obligan a tomar medidas de confi-

namiento que agravan la crisis económica y la precariedad social, mientras los contagios aumentan exponencialmente [MAPA 4].

Cuando aún no se conocen del todo las repercusiones del virus, la «OPEP +» se reúne el 6 de marzo en Viena. El cártel añadió el signo más a sus siglas al incorporar a Rusia, para que Riad y Moscú, segundo y tercer productores mundiales, pudieran combatir juntos contra la hegemonía recuperada por Estados Unidos en el mercado, con el 15 % de los cien millones de barriles que se producen cada día en el mundo, frente al 12 o el 13 % de los países de la OPEP. Es sobre todo Estados Unidos quien determina los precios y, por consiguiente, ha atenuado el «arma» del petróleo, aunque todos los exportadores se beneficien de un precio bastante alto (el crudo Brent se vende a 63,65 dólares en enero de 2020), porque de ello depende la rentabilidad del «aceite de esquisto», que constituye la mayor parte de la producción al otro lado del Atlántico. En Viena, el representante ruso anuncia la decisión del Kremlin de aumentar significativamente la producción de su país con el fin de situar el barril por debajo de la tasa de rentabilidad del esquisto y arruinar así a las empresas que perforan desde Texas hasta Alaska, para luego expulsarlas del mercado y reducir seguidamente la extracción, una vez que los estadounidenses estén fuera de circulación. Arabia Saudí se ve obligada a seguir el ejemplo para compensar la caída del precio por culpa de una explotación demasiado abundante. De modo que el precio cae un 50 % en marzo, bajando a 32,03 dólares, y luego, en abril, la espiral bajista se acelera (18,38 dólares) con la paralización del comercio mundial, del transporte y de la industria provocada por las medidas de precaución tomadas contra la pandemia. Sin prejuzgar los efectos políticos a medio plazo, las consecuencias económicas y financieras a corto plazo son catastróficas para una región donde las rentas de los hidrocarburos proporcionaban gran parte de los ingresos y le concedían su espacio singular en el sistema mundial durante el medio siglo transcurrido desde la guerra de octubre de 1973. El barril cae a una tasa negativa sin precedentes, de -38,94 dólares el 20 de abril de 2020, dado que la capacidad de almacenamiento mundial está saturada. Incluso si los precios subieron y se estabilizaron en junio en torno a los 40 dólares, a la espera de una recuperación condicionada por una segunda ola de contagios y nuevas medidas de confinamiento en otoño, el FMI estima en julio que la pérdida de ingresos para los países exportadores de Oriente

Medio y África del Norte en 2020 podría llegar a doscientos setenta mil millones de dólares. Pero a 40 dólares, el petróleo de esquisto norteamericano ya no es rentable, y Estados Unidos volverá a ser importador a finales de año, perdiendo así consiguientemente su posición de liderazgo mundial. Desde ese punto de vista, Putin tuvo éxito en su operación, pero con un coste económico y social que está causando un impacto considerable en Oriente Medio y África del Norte.

Así pues, la combinación de la pandemia y la caída de los hidrocarburos afecta específicamente a la región como un cataclismo, desestabilizándola en profundidad y endeudando el futuro. Amenaza a unas sociedades civiles a las que la caída en picado de los beneficios de la renta del petróleo y del gas fragiliza, tanto más cuanto que esta última había retrasado el desarrollo de un empresariado productivo; debilita aún más algunos Estados frágiles y crea nichos de mercado para otros, que recurren a la provocación militar y a la escalada ideológica y, esforzándose en arramblar con todo aprovechando el desconcierto, agitan toda la zona mediterránea, más allá de Oriente Medio únicamente [MAPA 5].

La Turquía de Erdogan es una ilustración emblemática del proceso desestabilizador, sacando partido en semejante contexto, en un intento de reconquistar una hegemonía regional, reminiscencia contemporánea del califato otomano. Empezaremos ofreciendo una visión general del modo como está pactando a tal efecto con una potencia otrora global, Rusia, que —gracias a su decisiva intervención en el conflicto sirio— también ha recuperado influencia en los asuntos mundiales, y con un Estado casi paria, la República Islámica de Irán. Esos tres regímenes autoritarios comparten un deseo de revancha frente al Occidente y a la Europa «imperialistas» de ayer y de hoy, deseo que se ve alimentado aún más por un rechazo visceral del modelo democrático liberal, cuyos valores encarnan [MAPA 2].

La reislamización de Santa Sofía

El 24 de julio de 2020, Recep Tayyip Erdogan abre solemnemente la oración del viernes en la antigua basílica bizantina de Santa Sofía, que acaba de devolver al culto musulmán. Ochenta y cinco años antes, Atatürk había

convertido en museo la mezquita instaurada entre sus muros durante la conquista turca de Constantinopla, en 1453, desacralizando el lugar para «ofrecerlo a la humanidad». El gesto, de elevado simbolismo, con el que el presidente Erdogan, imán de formación, cumple su sueño de juventud cuando estudiaba en un instituto de predicadores, enterrando el laicismo kemalista y exhumando el califato otomano, tiene lugar el día del 97.º aniversario del Tratado de Lausana. Este había trazado las fronteras de la joven república después de que los ejércitos victoriosos de Gazi Kemal Atatürk derrotaran a las potencias europeas que se repartieron los despojos del derrotado Imperio Islámico, al final de la Primera Guerra Mundial. Aquel movimiento militar había permitido anular el Tratado leonino de Sevres, en 1920, que fragmentaba Anatolia según un plan «imperialista», y cuyo centenario (que pasará inadvertido) cae dos semanas después, el 10 de agosto de ese mismo verano de 2020.

Los soldados de Erdogan se han asentado ya en Libia y ejercen su tutela sobre Tripolitana. Su armada realiza prospecciones de gas submarino en aguas griegas y chipriotas; sus fuerzas especiales y supletorias ocupan parte del norte de Siria y realizan incursiones en el Kurdistán iraquí. Su sistema de defensa antiaérea se equipó con misiles rusos S-400, mientras que el país sigue siendo miembro de la OTAN. Y controla las dos principales rutas de migración ilegal desde Asia y África hacia Europa: por el mar Egeo y los Balcanes, por un lado, y por el litoral libio, por otro [MAPA 2]. Tal alianza de la espada y el turbante le permite expresar sus propias pretensiones neoimperiales del siglo XXI en Oriente Medio y el Mediterráneo. Aprovecha la desvinculación del lejano Estados Unidos de Donald Trump, lastrado por su calamitosa gestión del covid-19 y debilitado a medida que se acerca el plazo presidencial del mes de noviembre, y explota la pusilanimidad de la Unión Europea y las contradicciones entre sus miembros. Comparte con la Rusia de Vladímir Putin (y, en cierta medida, con el Irán de Jamenei) una estrategia de desalojo de los occidentales de la región, superando para ello los conflictos tácticos que, hoy como ayer, oponen al sucesor del zar moscovita, al del sultán estambulí y al heredero enturbantado del sah de Persia.

Pero la reasignación al islam de la «Mezquita de Ayasofya» (*Haghia Sophia* en griego, es decir, ‘Santa Sabiduría’) es también un golpe de fuerza emblemático para ejercer la hegemonía del islamismo turco sobre el

sunismo, que reagrupa alrededor del 85 % de los mil quinientos millones de musulmanes del mundo. El presidente tiene la ambición de reconvertir Estambul en la capital mundial de la Comunidad de Creyentes, o *Umma* —un recurso que Atatürk había abandonado al abolir el califato en 1924, porque estaba convencido de que la supervivencia de su nación recreada requeriría una secularización autoritaria, rompiendo con la superstición retrógrada mediante la adopción del alfabeto latino y la sustitución de los conceptos islámicos árabes que estructuraban el pensamiento turco con un vocabulario calcado fonéticamente del francés, lengua universal de la modernidad a la sazón: «laico» [laïque] se convertía en *laik*, «autobús» en *otobüs* e «instituto» [lycée] en *lise*. Visto retrospectivamente, semejante identificación original de la odiada laicidad con la cultura francesa en el medio islamista local no deja de tener incidencia en el anatema que Erdogan lanza obsesivamente contra su homólogo Emmanuel Macron durante el año 2020...

En ese contexto, la demostración de fuerza de Santa Sofía, al tiempo que arremete contra la laicidad, pretende, con el mismo golpe de yatagán, erradicar el dominio saudí sobre el islam suní, que la extraordinaria riqueza de la más poderosa de las dinastías del oro negro había garantizado. Esta última ya se había puesto en entredicho porque, desde antes de la excepcional tendencia a la baja de 2020, la renta petrolera ya no era capaz de garantizar el desarrollo frente a la explosión de la demografía regional. Tanto los propios dirigentes de Riad como los de Abu Dabi elaboraban estrategias para la diversificación a corto plazo de sus economías. También habían anticipado que la humanidad buscaría una menor dependencia de la energía fósil, cuya combustión provoca el calentamiento global que amenaza la sostenibilidad de la vida en la tierra. La emergencia medioambiental, tal y como estipula el acuerdo climático de París de diciembre de 2015, al que Joe Biden anuncia que volverá «el primer día de su mandato», es un proceso que saben inevitable y para el que las petromonarquías deben prepararse so pena de desaparecer.

Para ello, el príncipe heredero Mohamed bin Salmán, desde que se hizo con el control, en junio de 2017, ha reducido considerablemente la ubicuidad del salafismo conservador en la «Tierra de los dos Santos Lugares» (La Meca y Medina), favoreciendo a cambio cierta modernidad culturalmente occidental que tanto gusta a la juventud de la península Arábiga. El

objetivo declarado era sustituir a la clase ociosa de los rentistas del petróleo, legitimados por esa doctrina religiosa pero sepultureros programados del reino, por una generación dinámica de empresarios debidamente estimulados y con miras hacia el futuro [MAPA 6]. Con ello, se atenuó el dominio global del wahabismo saudí sobre el sunismo. Pero, al renunciar, aunque fuera parcialmente, a un recurso tan simbólico, la monarquía de Riad abrió a su vez un vacío que su principal rival en el islam político, la nebulosa transnacional de los Hermanos Musulmanes, se apresuró a llenar. Derrotados en su bastión egipcio desde el verano de 2013 por el mariscal Sissi, después de que uno de los suyos, Mohamed Morsi, ganara las elecciones presidenciales en julio de 2012, y refugiados en Turquía, son numerosos los que se benefician del apoyo decidido de Erdogan —seguidor de esa ideología— y de la generosidad del emirato gasista de Catar, que es el mejor enemigo de la monarquía saudí.

En semejante contexto, la pandemia obliga a reducir en julio de 2020 el *hach* —la gran peregrinación anual a La Meca, que en años anteriores había llegado a congregarse hasta a dos millones y medio de participantes— a su más mínima expresión: unos pocos miles de residentes del reino, debidamente separados unos de otros por la «distancia física» sanitaria. En cuanto a la celebración del *Aid-el-Kebir* —manifestación paroxística de la piedad islámica colectiva a escala planetaria—, tiene lugar el viernes 31 de julio, aunque en la mayoría de los casos en los domicilios, para evitar el contagio. Mientras Riad da prioridad a la profilaxis frente al proselitismo —aunque proporciona ese año pocas imágenes y representaciones de La Meca exaltando el poder de la religión de Mahoma, ya que muestra la explanada de la Kaaba prácticamente desierta, cuando suele estar abarrotada—, los clichés triunfalistas de Erdogan con el gorro de oración realizando sus devociones en ese mismo momento, en la recién recuperada mezquita de Ayasofya, difunden un Gran Relato por demás movilizador. Representan al presidente turco como el nuevo sultán Mehmet II el Conquistador. Además, el imán que dirigía la oración en el antiguo museo se había provisto en el púlpito, bajo los mosaicos bizantinos restaurados, ahora ocultos a la piadosa mirada de los fieles por velos y colgaduras, de un yatagán otomano, a imitación de lo que hizo el sultán cuando la toma de Constantinopla, el 29 de mayo de 1453. Mensaje: lo que había sido subyugado por la cimitarra de la yihad nunca se devolvería, salvo si fuera

derrotado por un sable enemigo —según el adagio turco *kiliç hakkı* (‘el derecho de la espada’)—.

El golpe de efecto pretendía alterar el equilibrio en el seno del islam mundial. Erdogan se aseguró rápidamente el apoyo entusiasta de Teherán: «Felicitando al pueblo turco por este importante éxito islámico», Ali Akbar Velayati, asesor principal del líder supremo Jamenei y antiguo ministro de Asuntos Exteriores iraní, predijo que «Ayasofya seguiría siendo una mezquita hasta el Apocalipsis». La teocracia de los ayatolás, en conflicto vital con Riad (además de con Washington), da así su apoyo a Ankara, enemigo suní de su propio enemigo suní, y ve a Turquía y a Catar, adalides del islam político de los Hermanos Musulmanes (de los que se nutrieron los dirigentes chiíes iraníes), como valiosos aliados por detrás contra Arabia Saudí —lo que dará lugar a un «eje de la Hermandad chií», una de las principales alianzas que marcan el año 2020 [MAPA 1]—. Además de tratar de ocultar mediante la invocación el antagonismo religioso común irano-turco en Siria (los iraníes habían apoyado militarmente el régimen de Ásad; los sirios, la rebelión), la República Islámica resulta terriblemente afectada por las sanciones económicas de Estados Unidos desde que el presidente Trump se retiró, en mayo de 2018, del PAIC (Plan de Acción Integral Conjunto) —JCPOA por su sigla en inglés: Joint Comprehensive Plan of Action—, acuerdo internacional firmado en Viena el 14 de julio de 2015 y que permitía que el país comerciara a cambio de renunciar al enriquecimiento del uranio para construir armamento nuclear.

El 3 de enero, recién comenzado el año 2020, se perpetró en Oriente Medio, con un dron, el asesinato del general Qasem Soleimani, estrategia de la expansión regional persa durante los dos últimos decenios [MAPAS 8 y 9]. Fue abatido a la salida del aeropuerto de Bagdad, en represalia por un ataque con misiles atribuido a los Pasdaran contra una base del Ejército estadounidense en Kirkuk, la semana anterior, donde había muerto un ciudadano norteamericano. Más aún, se considera que es el autor intelectual de los lanzamientos de misiles que el 14 de septiembre de 2019 devastaron las refinerías saudíes de Abqaiq y Khurais, reduciendo durante unos días a la mitad las exportaciones de crudo del reino. El general acababa de aterrizar a toda prisa para supervisar la represión de las multitudes chiíes que paralizaban las principales ciudades de Irak pidiendo la caída de un régimen servil a Teherán, un fenómeno sin precedentes que el sátrapa

quería ahogar en sangre. La República Islámica, ayudada por grupos paramilitares locales afines —cuyo principal líder, que había recibido a Soleimani a pie de pista, fue «liquidado» al mismo tiempo—, estaba de hecho saqueando los ingresos petroleros de su vecino y vasallo con el fin de compensar el efecto deletéreo de las sanciones económicas que le impuso Washington. Al hacerlo, hundía Mesopotamia en la miseria: el 27 de noviembre de 2019, los manifestantes habían incendiado el consulado iraní en la ciudad santa de Náyaf, el «Vaticano» del chiismo, a los gritos inauditos de «¡Fuera Irán!». El resultado fue que Teherán tuvo que aceptar a regañadientes el nombramiento, el 7 de mayo siguiente, de un primer ministro con fama de «cercano a Estados Unidos», Mustafa al-Kadhimi.

A esas vicisitudes político-militares se une que Irán es el Estado de Oriente Medio más asolado por la pandemia [MAPA 4], cuyo primer foco infeccioso fue la ciudad santa de Qom, desde febrero de 2020. En agosto, se calcula que dieciocho millones de personas (casi el 20 % de la población) ya se habían contagiado: el número de muertos, establecido oficialmente en dieciocho mil, supera en realidad los cuarenta mil —cifra cercana a la de los grandes Estados europeos de poblaciones comparables, pero significativamente mayores—, mientras los sanitarios caen a centenares, víctimas del virus, y se ven amenazados con castigos si revelan datos no oficiales sobre el alcance del contagio.

En lo que a Turquía se refiere, la pandemia lleva al paroxismo las contradicciones que el Gobierno nacional-islamista intenta superar mediante una escalada militar-religiosa. La relajación en el distanciamiento físico con ocasión de las oraciones masivas organizadas en todas partes durante la «reconversión» de Santa Sofía en mezquita hizo que los contagios volvieran a dispararse, mientras que la lira (TL) se desplomaba frente al dólar y aún más frente al euro, moneda con la que se formulan las principales transacciones, y la tasa de desempleo alcanzaba oficialmente el 25 % ya en abril de 2020 —más del 50 % según la principal organización sindical—. Bruselas disuadió a los turistas de la Unión Europea de ir de vacaciones a Turquía durante casi todo el verano, por motivos sanitarios, precipitando el colapso del sector, principal fuente de divisas del país. La «Generación Z», por su parte, se niega a aceptar el enfoque conservador y santurrón en un país donde el número de periodistas y académicos encarcelados sigue siendo muy elevado desde el fallido golpe de Estado de julio

de 2016, atribuido al antiguo socio del presidente, el predicador Fethullah Gülen, donde la práctica de la tortura en las cárceles ha vuelto a ser habitual y las redes sociales están bajo estrecha vigilancia desde 2020. Y muestra, tanto a través de los sondeos de opinión como de la emigración de la juventud culta, su desconfianza en la dirección de un poder que lleva dieciocho años gobernando y que le parece que está empeñado en una huida hacia delante en forma de vuelta al pasado —que el caso de Ayasofya lleva a la cúspide—.

El Proceso de Astaná

El asunto en cuestión es un indicador simbólico de las nuevas relaciones de poder regionales que están tomando forma durante este año de inflexión, al emanciparse de los equilibrios del siglo ya pasado. El «Proceso de Astaná» es el precursor por excelencia de esas nuevas relaciones [MAPA 10]. La denominación se refiere a la alianza regional creada entre Rusia, Turquía e Irán (como asociado menor) en los acuerdos firmados en la capital kazaja el 4 de mayo de 2017. El instrumento, inédito y paradójico en las relaciones internacionales, tenía por objetivo la aplicación de la desescalada de la guerra civil siria sobre el terreno a través de «zonas de conflicto» (según el término inglés) donde los rebeldes que luchan contra Bashar al-Ásad encontrarían refugio garantizado por los tres firmantes, a medida que fueran reduciendo sus focos insurreccionales las tropas lealistas, apoyadas por la aviación rusa y las fuerzas supletorias chiíes dirigidas por Qasem Soleimani. La región de Idlib, en el noroeste del país, a lo largo de la frontera sirio-turca, sigue siendo en 2020 el punto de cristalización por excelencia. Además de su lógica propiamente militar, el Proceso de Astaná simboliza la conjunción de tres potencias —una global, Rusia; las otras dos, regionales— que, más allá de sus diferencias tácticas, tienen el objetivo común de aprovechar la desvinculación de Donald Trump de Oriente Medio para marginar a los Estados democráticos occidentales: en primer lugar a Europa, aunque sea fronteriza y colindante.

La formación de Astaná, concebida originalmente para paliar la impericia de la ONU en Siria, se convirtió en un modelo operativo, espectacularmente duplicado en 2020 en Libia. Turcos y rusos comparten un terri-